



Míster Roberts (1) y su hija (2) conversan con nuestro compañero José Quílez en Valencia, durante un paseo por Las Arenas. (Fot. Luis Vidal)



El capitán Roberts (1), su hija (2) y la doctora del buque, a bordo del «Seven Seas Spray» («Espuma de Siete Mares»), buque mandado por míster Roberts, y que fué el primero en forzar el pretendido bloqueo de Bilbao, entrando en aquel puerto con cargamento de víveres.

(Fot. Vidal Corella)



—¿Bloqueo?... ¡Bah!... Patrañas del fascismo para asustar a los niños... — dice el capitán Roberts a nuestro compañero Quílez. (Fot. L. Vidal)

CRONICA en Valencia.

El capitán Roberts, que al mando de su buque «Espuma de Siete Mares», y llevando a su propia hija a bordo, fué el primero en forzar el pretendido bloqueo marítimo de Bilbao, para llevar víveres a la capital vizcaína.

He aquí un hombre que acapara la atención del mundo.

UN metro setenta de estatura. Silueta mimbrenña. Músculo y nervio. Cabeza erguida, de alcotán rubio. Bosque de cejas por donde asoman dos ojos grises, que son un tratado completo de socarro-

nería. Rostro de bronce, curtido por el sol y por el aire de todos los mares. Manos de hierro. Corazón de mozo, que se fundió en mil aventuras maravillosas a través de cerca de medio siglo de navegar.

Antes, la gentes de mar de todos los puertos le conocían por el *Poeta de los mares*, ya que bajo su voluntad indomable fueron a descubrir mundo naves tan soñá-

doras como *Sol de Siete Mares*, *Estrella de Siete Mares*, *Sinfonía de Siete Mares*... Ahora cantó con el *Seven Seas Spray*—¡*Espuma de Siete Mares!*—la poesía más humana de toda su vida de marino.

Así es míster Roberts, el viejo lobo de Cardiff, que en la madrugada del día 20 del pasado Abril se burló, con su proverbial socarronería, de aquellas hondas y trascendentales preocupaciones que embargaban, frente a la guerra de España, a todos los sesudos varones que cubiletean en esa inmensa caja de Pandora donde se oculta la Diplomacia mundial:

—Barco que se acerque a Bilbao será apresado o echado a pique por nuestra escuadra nacional. He minado su zona y he implantado el bloqueo—proclamó, jactancioso, el «generalísimo» Franco.

Se conmovieron los Almirantazgos. Se movilizaron las escuadras. El eco de los vientos llevaba a lo largo del inmenso Golfo de Vizcaya la alarmante advertencia:

—¡Que nadie avance! Hay grave riesgo.

Pero este *Poeta de los mares* siguió, tranquilo, su ruta. Veintiséis voluntades marinas secundaban con entusiasmo su afán de amor y solidaridad con los que todo lo esperaban del mar.

El *Espuma de Siete Mares* galopaba sobre las alborotadas montañas de esmeralda del Cantábrico. Junto a las bordas, sobre el puente; junto al timonel, aferrados a las garfias de la proa, figuras gallardas de hombres, cubiertos de hule negro, oteaban el horizonte aguardando a que la aventura llegase. En su puesto de mando, míster Roberts hace acopio de serenidad. Su silbato y su voz potente dominan el barco y estremecen de entusiasmo a sus hombres. Junto a su silueta, agarrada a su cintura, la figura delicada, sutil, de Fifi Roberts, la hija del marino. Veinte años, simpatía y caridad hechas mujer:

—Padre, hacia el Este; allí nos esperan los niños, las mujeres, los viejos que sufren—dice la joven estudiante, único tesoro que guarda con avaricia el viejo marino.

—Hacia allí vamos. Por los niños, por las mujeres, por los viejos y por los héroes que defienden su libertad e independencia—dice, con los ojos velados por la emoción, el *Poeta de los Mares*.

“¡A Bilbao he de llegar!”.

—¡Barco a la vista!—grita el vigía apenas apunta el alba.

Corren los hombres sobre cubierta hacia sus puestos. Hay que defender el barco; su carga, que es sagrada, la esperan seres que sufren.

—¡Es de guerra el buque!—dice el primer oficial.

—Padre, en Bilbao nos aguardan—insiste la hija.

—En Bilbao entraremos, pase lo que pase.

Funcionan los altavoces.

—¿Nacionalidad del barco?—inquire el navío de guerra.

—Inglés. *Seven Seas Spray*—contesta míster Roberts.

—Somos compatriotas. ¿Adónde se dirige?

—A Bilbao. Llevo víveres.

—Hay peligro grave en toda esa zona. No pueden seguir.

—A Bilbao he de ir, que allí me aguardan.

—Es imposible; corre serio riesgo.

—Pues acepto el riesgo, y sigo.

Rugen las máquinas, presionadas a todo vapor; el júbilo de sus hombres ahoga las últimas palabras del bravo capitán, y el *Espuma de Siete Mares* vuela gallardo sobre la superficie, enfila la ría, y entre música y aclamaciones, lágrimas y suspiros, avanza por el canal, lleno de barcas empavesadas, que se adornaron como mozas para recibir al que todo lo expuso por conquistar su corazón.

En la calma y bajo el sol de Levante.

Cinco días lleva en Valencia, balanceándose sobre el quieto regazo de sus aguas, el *Espuma de Siete Mares*. La silueta del viejo marino, siempre abrazado a su hija, es popular en la ciudad del Turia. El pueblo clamó su entusiasmo al descubrirle en el Frontón, en la Plaza de Toros, en los teatros, en la playa, por los paseos. Hoy he sido su huésped. Me agasaja, y su psicología británica se desborda, llena de entusiasmo, al hablar de nuestro país.

—¡Hermosa tierra esta vuestra! No hay luz como la de España...

—Yo jamás contemplé un firmamento tan azul, ni un sol con tan maravilloso brillo—musita Fifi Roberts, entornando los ojos, que acaricia la brisa del Mediterráneo.

El capitán de Cardiff, acodado sobre uno de los amplios ventanales de Las Arenas, desgrana sus confidencias al reportero:

—Estaba seguro de que no había peligro para llegar a Bilbao. No había minas en aquella zona. Pero, además de esto, pensaba en la simpatía que me liga a España y a vuestra lucha, y recordaba que había necesidad. Un hondo sentimiento humano me empujaba hacia Bilbao. ¡Y a poner bien alto el pabellón que, como consecuencia de la actitud adoptada por la Diplomacia, estaba en entredicho! Por eso he entrado en Bilbao. Ayudado de mi gente. Junto a esta hija, que es mi tesoro y que, al llevarla en mi buque, ofrendé a ese cariño que siento por España. No hay bloqueo. El cortejo de buques que tras el mío han atracado en los muelles de Euzkadi se lo ha demostrado al mundo.

Así habla míster Roberts, que huyó siempre de la política, que no milita en partido alguno, pero que tiene un liberalísimo concepto del deber y de la democracia. Lo ha repetido a todo el mundo. Con las mismas palabras y con idénticos conceptos.

—Por horas, por momentos, la opinión de mi país reacciona cada vez con más fuerza en favor del Gobierno legítimo de la República española. No temáis sorpresas ni atropellos en el mar con los que van cumpliendo los más humanos principios de solidaridad; yo aseguro que no los habrá. Serían rápidamente cortados. Hay muchos ojos que se vigilan mutuamente. Aquí estoy, preparándome otra vez para subir al puente de mi buque y cumplir correctamente con mi deber, que es navegar y... llevar más víveres a Bilbao.

Al despedirnos, en la misma borda del *Seven Seas Spray*, el viejo lobo de Cardiff agita en sus manos de hierro una catarata de papeles azules.

—Este es mi orgullo—exclama, encendida la mirada por el entusiasmo.

Razón tiene para ello. Son mil trescientos setenta y dos telegramas, que a las dos horas de atracar en el puerto de Bilbao comenzó a recibir, con calurosas felicitaciones de todos los rincones de Inglaterra y sus colonias. ¡Es la admiración de un pueblo cuya tradicional historia marina ha defendido, con el exacto cumplimiento de un deber sagrado, uno de sus hombres, el *Poeta de los mares*, que sabe de mil aventuras en todos los rincones del mundo!

José QUILEZ VICENTE

Valencia, bombardeada de nuevo por la aviación facciosa.



Valencia ha sido víctima, otra vez, de la aviación facciosa, para la que no existen leyes de guerra ni principios de humanidad. Los torpedos aéreos han caído sobre el casco de la población, sin objetivo militar alguno, y, como siempre, han destruido hogares y han causado víctimas inocentes. He aquí varios aspectos de las calles valencianas alcanzadas por las bombas.

(Fots. Vidal Corella)